



IGNACIO DE LOYOLA Y SUS PRIMEROS COMPAÑEROS COMULGANDO EN LA CAPILLA DE MONTMARIRE

una teológica sociedad apercebida y dispuesta para los oficios religiosos. Así, escogieron un día para juramentarse y reunirse todos ellos en asociación madre de otras más vastas y poderosas asociaciones monásticas. Era el día 15 de agosto del año 1534. La Iglesia celebraba la tierna fiesta de la Virgen María y la conmemoración de su ascenso á los cielos tan poéticamente celebrada por toda la cristiandad en todo el orbe. La fiesta de la Ascension de Cristo en mayo, cuando las amapolas con sus pistilos negros y sus cálices carmesíes coloran los verdes recién espigados trigos; y los aires se llenan de pintadas mariposas y de zumbadoras abejas que van buscando matices y mieles por los floridos prados y arbustos; así como la fiesta de la Asunción de María en agosto, cuando las frutas maduran y los racimos se transparentan como cristales bajo los festones de pámpanos anunciando el herviente vino que rebosará en las cubas y lagares del otoño; estas dos fiestas igualmente poéticas, dejan recuerdos indelebles y sentimientos eternos en las almas pías de los verdaderos católicos. Confundido en la capital de Francia hoy el monte denominado Mont-Martre, estaba en aquellos días alejado una legua lo menos del gran recinto. Creen unos que su nombre se debe á un templo de Marte edificado por los antiguos romanos y creen otros que se debe á un holocausto á Marte allí perpetrado en la persona de San Dionisio y sus dos compañeros San Remigio y San Eleuterio. Por este tiempo había en aquel sitio una devota capilla bajo la noble advocación de los Mártires, y en esta capilla oyeron misa y comulgaron antes de celebrar sus votos los primeros fundadores de la Compañía de Jesús. Luego tras las piadosas ceremonias, reuniéronse todos al borde humildísimo de una clara fuente. Corre aun el agua que aquellos apóstoles bebieron y ha desaparecido ya la capilla, donde juraron. Hoy, por sus declives poblados de silenciosas calles y amenos retiros, asciéndese á la cima, donde campean las fuertes aspas de los molinos de viento y las torres de una iglesia humildísima, entreviéndose la ciudad de París como inmenso insondable océano de pasiones y de ideas sin término conocido en las líneas del horizonte visible, pues las casas se pierden como el horizonte mismo, en las indecisas nieblas propias de las regiones del Norte. No se veían entonces muchos de los grandes edificios construidos después de mediado el siglo décimo-sexto, como la cúpula de los Inválidos y